

Viaje a Casale Monferrato, la ciudad del amianto

Por: **Ángelo Ferracuti**

Fuente: HesaMag 22. Otoño 2020

(https://www.etui.org/sites/default/files/2020-11/12-Angelo-Ferracuti_Journey%20to%20Casale%20Monferrato_2020.pdf) (Incluye ilustraciones, fotografías en color)

Traductor: **Francisco Báez Baquet**
(lacuentadelpaco@hotmail.com)

Texto adicional incorporado por el traductor:

Salud ocupacional en los tribunales

Con 180.000 muertes relacionadas con el trabajo cada año en la Unión Europea y más de 2,5 millones en todo el mundo, la salud en el trabajo es un tema crucial para los trabajadores y los sindicatos. Sabiendo que, en algún lugar del mundo, **un trabajador muere cada 11 segundos** debido a la falta de una prevención adecuada, es posible que se pregunte si tiene sentido hacer campaña por más empleo o mejores salarios si estos trabajos terminan por quitarles la vida a los trabajadores. Y en más de nueve de cada diez casos, estas muertes son en gran parte invisibles, porque son el resultado de enfermedades profesionales, más que de accidentes.

Acudir a los tribunales para exigir el cumplimiento de la legislación preventiva es un proceso laborioso, costoso y poco utilizado. **Este hecho consolida la imagen del mundo del trabajo como un enclave donde no se aplican las normas del derecho común.** Pero, ¿deberían los derechos de propiedad de los dueños de negocios tener prioridad sobre el derecho fundamental a la vida?

De la experiencia histórica se desprende claramente que los casos legales desempeñan un papel decisivo en la promoción del cambio.

La prohibición del asbesto probablemente nunca se hubiera producido sin las numerosas demandas que la precedieron.

Fuente: Hesamag #22

(<https://www.etui.org/publications/occupational-health-courts>)

Las batallas legales han jugado un papel clave para asegurar la prohibición del amianto en Italia. Detrás de cada una de estas batallas hay una comunidad humana. En la región del Piamonte, la localidad de Casale Monferrato, que ha sufrido más de 3000 muertes por exposición al amianto, simboliza la lucha colectiva contra este mineral asesino, y ha demostrado su resiliencia en una larga serie de juicios contra la gestión de la empresa multinacional Eternit.

A primeras horas de la tarde de este soleado día de finales de agosto, las calles de Casale Monferrato todavía están vacías y las persianas de las tiendas, cerradas. Lo que había imaginado que sería una ciudad industrial bastante sombría, hoy adquiere el aspecto discreto y distinguido de una ciudad ducal, sus grandes edificios rodeados por las verdes colinas tan amadas por el escritor Cesare Pavese, que describió en su novela "*La luna y las hogueras*".

Me alojo en un pequeño apartamento en la planta baja de una antigua residencia muy tranquila. Salgo a toda prisa poco después de llegar, en cuanto dejo mi equipaje, lleno de curiosidad, hacia vía Roma, bajo las arcadas oscuras con sus escaparates y bares de estilo tradicional. Sigo la calle hasta la Piazza Mazzini con su estatua ecuestre del rey Carlos Alberto en el medio y, detrás, la

magnífica Catedral de Sant'Evasio, construida en estilo románico lombardo.

En el aspecto discreto y distinguido de una ciudad ducal, sus grandes edificios rodeados por las verdes colinas tan amadas por el escritor Cesare Pavese, que describió en su novela "*La luna y las hogueras*". En 1907, aproximadamente al mismo tiempo que Franz Kafka unió fuerzas con su cuñado para establecer la fábrica de amianto Hermann & Co en Praga, la empresa multinacional Eternit construyó la planta de fibrocemento más grande de Europa no muy lejos de este casco histórico, este pequeño mundo que ha pasado el tiempo. Con un área de producción de 94.000 metros cuadrados, con 2.500 empleados constantemente presentes, trabajando sin equipo de protección y con las manos desnudas en ambientes húmedos y polvorientos, la planta cambió para siempre el destino de los 35.000 habitantes de la ciudad.

Los pocos trabajadores supervivientes describen las instalaciones, incluido el exterior, como grises, y los árboles, el paisaje y los caminos estaban blancos como si hubiera estado nevando, por lo que la gente pronto comenzó a llamarlo el pueblo blanco. El polvo penetraba en el interior de las casas y en los mecanismos de giro de las lavadoras, de los monos sucios de los trabajadores; fue depositado en áticos, en los patios de las oficinas públicas, en los caminos de los cementerios, en las láminas onduladas de los techos comunes a muchas de las casas y también en el campo y aldeas cercanas; viajó de la estación a la planta; incluso la iglesia de Ronzone tenía una cubierta de Eternit. El polvo llegó incluso hasta aquí, donde estoy caminando en el centro de la ciudad, cuando soplaba el viento, flotando a través de una serie de misteriosos y traicioneros conductos de aire.

Una factoría paternalista

Me reuní con Giuliana Busto, presidenta de AFeVA, la Asociación de Familias de Víctimas del Asbesto, poco después de mi paseo por *viale Montebello*, en la sala de estar de una casa llena de libros y coloridas obras de arte. Una mujer pequeña con

una mirada radiante y expresiva en sus ojos, recuerda bien esos días: "Hace treinta y cinco años, no sabíamos nada, no nos dimos cuenta". Pero cuando su hermano Piercarlo, empleado de banca que nunca había puesto un pie en las instalaciones de Eternit, murió a los 33 años dejando atrás a una hija de dos, ella fue la primera en escribir en el aviso fúnebre que había fallecido de la exposición al asbesto. "Nuestra respuesta fue hacerlo público", dice. "Si no lo sabías antes, te lo diremos, para que la ciudad finalmente se dé cuenta de lo que está pasando. Queremos una vida mejor para su hija, eso es lo que dijo y causó una real sensación".

Estamos sentados al aire libre y Giuliana habla en voz baja, sin enojo. "Mi sobrina ni siquiera recuerda a su padre. Al principio, colocamos grandes fotos en la habitación, pero ella solo sabe de él por lo que otras personas le dicen. Y de su hermano dice: "Pudo haber tenido otros hijos. Se cortó la historia de su vida, todo un proyecto de vida que nunca llegó a concretarse. Murió en cinco meses, después de correr como atleta, se deterioró hasta el punto en que ya no podía moverse".

Baja su voz a un susurro. "Un hombre se suicidó después de escuchar el diagnóstico. Bajó al sótano y se pegó un tiro. Las relaciones con la ciudad nunca fueron fáciles: los recién llegados suizos estaban bien establecidos y la fábrica paternalista, considerada el "Fiat de Monferrato", aseguró la lealtad de la gente del pueblo de una generación a la siguiente: había campamentos de verano para niños, club, spa, tratamientos y un litro de aceite al mes. "Cuando fuimos al sindicato a recoger firmas, la gente decía: "¿Por qué haces esto?".

Tenían miedo, venían del campo. "No mordemos la mano que nos da de comer". Fueron recibidos con un abrazo mortal", dice con resentimiento. Por la noche, visito los antiguos almacenes de la Piazza d'armi, donde se almacenaban todos los productos terminados. La fábrica fue completamente descontaminada en 2016, y me dicen que la ubicación ahora está ocupada por un parque cuyo punto focal es el monumento "Eternot Plant

Nursery”, creado por la artista Gea Casolaro alrededor de un pañuelo.

El polvo penetró en el interior de las casas y en los mecanismos de giro de las lavadoras, desde el mono sucio de los trabajadores.

Uno de los pocos sobrevivientes

Al día siguiente, Bruno Pesce, alto y con anteojos, el célebre secretario de la Cámara del Trabajo, 1 comunicador incansable y elocuente, me acompaña al lugar donde solía estar la fábrica, junto con Pietro Condello, un trabajador y uno de los pocos supervivientes.

Todavía hay algunos edificios en pie, incluido el bloque cerrado de oficinas de administración en la entrada, con sus ventanas rotas y yeso descascarado. El lugar donde solía estar la planta principal es ahora un parque infantil, y es sorprendente ver los alrededores del siglo XVIII en los bordes de este "no lugar", un jardín que puedes encontrar en las afueras de Milán, Berlín u Hong Kong, con los mismos toboganes e idénticos bancos y césped.

La histórica puerta por la que entraban los trabajadores ha desaparecido por completo. “Donde el parque ahora solía ser el núcleo central de la planta”, dice Pesce. “Aquí es donde solían hacer las láminas de amianto, el amianto para techos corrugados y las tuberías”. En los alrededores de la fábrica había trabajos de cemento porque se extraía marga de los cerros circundantes. “Uno de los mejores del mundo”, sostiene Pesce, “extraído de las canteras. Estamos cerca del río Po, así que hay mucha agua”.

A la derecha, sigue en pie el pasillo amarillo donde trabajaban las mujeres haciendo juntas y tuberías para la industria de la construcción. "La planta fue abandonada con toneladas de asbesto todavía dentro, cristales rotos, asbesto esparcido a los cuatro vientos, incontenible, ¡toneladas!".

Antes de convertirse en sindicalista, Pesce solía ser orfebre en Valenza, y tal vez su sensibilidad a la preocupación por el amianto proviene de su membrecía de toda la vida en la asociación ambientalista Legambiente y de los antecedentes de su padre. “Solía trabajar para la compañía de gas. Era un fogonero, un obvio brutal, expuesto a un calor y un humo atroces. Estaba podrido de sudor cuando salió del taller”, recuerda, “Completamente negro. Todos murieron de enfermedades respiratorias: falleció a los 68 años”.

Aún vestido con su mono azul con la inscripción amarilla de Eternit que ha llevado en las 66 audiencias de los juicios, Pietro Condello, el trabajador que vino de Messina en Sicilia en busca de empleo, comenzó a trabajar en la planta en 1976 y se fue cuando cerró en 1989. Con el pelo blanco cortado, el rostro arrugado y los ojos de un azul profundo, todavía habla un dialecto pesado y encantador que él repite a velocidad máxima. Solía trabajar en la sección de materias primas, de donde solo han sobrevivido dos de los 30 trabajadores. “Estaba el amianto azul suelto”, explica. “Yo era el portero, solía tomar los sacos, cortarlos con un cuchillo y luego ponerlos en las tolvas”.

Tiene un 73 por ciento de asbestosis, polvo en los pulmones. “Me quedo sin aliento”, continúa. “A veces tengo que usar un cilindro de oxígeno, y por la noche duermo apoyado en almohadas, de lo contrario me siento como si me estuviera ahogando”. Dice que no había sistema de ventilación en la planta y que solían barrer los pisos. “Nos dieron unas máscaras endebles, pero tuvimos que tirarlas a la media hora porque estaban llenas de polvo. La fábrica estaba terriblemente llena de polvo”, dice. “Mi esposa solía lavarme el overol y murió por eso”.

Cualquiera que intentara protestar era enviado al "Kremlin": no una división punitiva, sino una asignación de turnos difíciles y trabajos pesados. Mientras tanto, la empresa otorgó la "asignación de polvo" de 20 000 liras adicionales en su paquete salarial a los trabajadores más expuestos.

Otro trabajador, Italo Ferrero, a quien vi en el distrito obrero de Oltreponte, descubrió recientemente que tenía asbestosis, desarrollada en Brasil, adonde había ido en 1949 junto con otros para montar la planta de Eternit.

Mostrándome las fotos enmarcadas de sus parientes en un estante en el comedor, dijo de cada uno: “¡Mi cuñado Giorgio: mesotelioma!”, “¡mi suegra”, una mujer de cabello plateado, mesotelioma!”, “mi hermana: cáncer peritoneal, amianto”.

La primera persona en notar lo que estaba pasando fue Nicola Pondrano. Era un “novato de 24 años” de *Montefibre di Vercelli* cuando llegó a Casale en 1975. Cuando lo conocí, me habló de la planta como “un lugar aterrador, un local antiguo donde se veía el desgaste los rostros de los trabajadores, un lugar lleno de humedad y polvo”. Al leer los avisos fúnebres colgados en la columna de mármol de la entrada, se dio cuenta de que todos los trabajadores morían jóvenes, a los 52, 54, 56: personas que nunca vivieron para cobrar su pensión. “No me sentí intimidado por el contexto social y ambiental”, explicó. “No tenía hijos que mantener. Pero cuando dije que había un problema, me convertí en el problema”. Por eso nunca fue ascendido a químico, que era su profesión.

Un día, durante un período de despidos temporales bajo el sistema *Cassa integrazione* (fondo de despido), se dispuso a explorar la planta, pasando por los distintos tramos hasta llegar al lugar donde se procesaba el amianto. Vio a un trabajador anciano sentado en un saco, comiendo un sándwich. Cuando el hombre, Cartier de Marchienne, fue declarado culpable de causar un desastre ambiental con intencionalidad, que abarca una serie de reclamos de compensación. “Trabajadores, cientos de muertos entre habitantes locales”, detalla Pesce. “Pero también casos individuales, reconocimiento del daño causado por el miedo y el riesgo, aquellos que vivían con miedo de contraer la enfermedad”. La condena se confirmó el 3 de junio de 2013 y la pena se incrementó a 18 años.

Finalmente, en 2014, el Tribunal de Casación prescribió el delito porque, según una disposición del Código Penal de Rocco, de la década de 1930, el plazo de prescripción se extiende desde el momento en que cesa el trabajo que causó el daño, independientemente del aumento del número de muertos, que aún no había alcanzado su punto máximo.

“Lloré de decepción ese día”, agrega Pesce mientras conduce. “El órgano supremo de nuestro sistema judicial que tiene como objetivo brindar las máximas garantías al imputado, cuando el delito es un delito corporativo”, remarca con dureza. “E incluso después de tantas muertes, se aplica con rigor la protección de las libertades civiles, la inviolabilidad del capital, negando justicia a los fallecidos”. Agrega: **"¿Qué significa "prescripción de tiempo", si otra persona murió ayer?"**

Sin embargo, el 12 de mayo de 2015 se inició en Turín un nuevo juicio, "Eternit Bis", que aborda las muertes ocurridas en las distintas instalaciones de la multinacional, que se reanudará en Novara el 27 de noviembre de 2020.

"Los trabajadores fueron la fuente de mi conocimiento"

La mañana antes de irme, me encuentro con Daniela Degiovanni en la oficina de Associazione Vitas, que atiende a las personas que están muriendo en casa o en hospicios, muy cerca de donde me alojo. Es una mujer rubia de modales apacibles y mirada amable, que habla con sincera sensibilidad. En 1975, cuando era muy joven, se licenció en medicina y empezó a trabajar para la Federación General del Trabajo de Italia (CGIL). “Mi función era examinar a los trabajadores que tenían enfermedades profesionales, casi todos de Eternit, pero entonces no sabía nada: los trabajadores eran mi verdadera fuente de conocimiento”.

Ella tiene un recuerdo muy fuerte de las personas que vio en la clínica, tanto jóvenes como mayores. “Todos tenían la misma aflicción, les resultaba muy difícil respirar, incluso subiendo las

escaleras y sufriendo existencialmente, preocupados, angustiados. "No puedes tener idea de lo que sucede allí", dijeron. 'A veces, con el mar de polvo, ni siquiera puedes ver a tu compañero de trabajo a tu lado' ". "Llegué a conocer a los trabajadores no solo por su enfermedad sino por su historia de vida", continúa, sentada frente a mí en el escritorio mientras, sintiéndome profundamente conmovido, escribo.

“Uno de ellos tenía un hijo pequeño que tenía miedo de morir y no podía dormir por la noche. Otra mujer tenía un hermano que murió "con agua en los pulmones", como solía decir la gente". Así que ahora, Degiovanni no solo está motivada por una pasión política, sino por lo que ella llama “compartir un sufrimiento humano que involucró no solo a los trabajadores sino a toda su familia. Creo que he visto a varias generaciones y familias enteras aniquiladas por la enfermedad”.

Recuerda de memoria los primeros diagnósticos de mesotelioma pleural, que le sirvieron para presentar reclamaciones de indemnización, incluida la de su amiga Luisa, quien falleció después de que su padre y un hermano ya fallecieran. “Era una dama realmente encantadora, llena de la alegría de vivir, que vivía cerca de la estación y, de niña, solía ir y juego donde entraban los trenes de Rusia y Sudáfrica, que llevaban sacos de amianto crocidolita. Murió de mesotelioma”.

No puede olvidar el sufrimiento y, sobre todo, el “sufrimiento del miedo a morir”. Los pacientes con mesotelioma tienen un dolor insoportable. “Se contorsionan tratando de aliviarlo”, explica Degiovanni. “Tienen tal dolor que, para soportarlo, adoptarán posturas físicas que les ayuden a aliviar el sufrimiento. Los veía caminando encorvados y retorcidos”. Y aún ahora, los más pequeños se mueren: los que eran niños cuando cerró la planta hace 30 años, como Daniela Zanier. Me acuerdo de ella mientras camino rápidamente hacia la estación por *via Bistolfi*.

La vi ayer en la sede de AFeVA, sentada en fila junto a otras en la pequeña oficina donde se guardan todos los archivos de las

aproximadamente 3 000 personas que se enfermaron y luego murieron. Le hicieron unas radiografías después de una bronconeumonía. Su pulmón derecho estaba turbio; Se extrajo una gran cantidad de líquido con una jeringa y, tras la biopsia, se diagnosticó mesotelioma. "Hace un año que me enteré de que estaba enferma", me dijo esta mujer rubia sonriente pero demacrada. "Cuando el oncólogo vio la tomografía computarizada, dijo que había estado enferma durante al menos 30 años. Todos en Casale vivimos con esta espada de Damocles sobre nuestras cabezas, todos sabemos que podría suceder en cualquier momento". Me confió que la gente piensa en ella como una "mujer muerta caminando".

"Tuve un curso de quimioterapia difícil, una terapia experimental, pero tuve que abandonarla porque me desmayé", dice, y tiene tanta ira y miedo dentro de ella. De Stephan Schmidheiny, el jefe de Eternit, dice sarcásticamente: "Piensa en cuánta meditación debe haber hecho para aliviar el estrés de esas pruebas". Haciendo una mueca de resentimiento, aprieta los puños y luego me mira con orgullo a los ojos: "Maldito sea".